

CRIS SE VA

Cuando hace 15 años conocí a Cristóbal durante unos cursos de verano, me quedé prendada de él al momento. Y es que enseguida descubrí sus encantos personales: primero su voz... y después su irresistible atractivo físico al verle enfundado en unas bermudas ajustadas con estampado floreado de chillones colorines y camiseta de tirantes. De esta guisa cantaba a dúo una canción de Les Luthiers sobre macizas "garotas" brasileñas, mientras nos deleitaba con su peculiar e inconfundible manera de bailar. Días más tarde descubrí sus enormes ganas de "cuidar el alma infantil". Mi hijo Noel tenía entonces 2 años y nos encontramos en medio de una de las multitudinarias reuniones de los cursos. Se acercó y me sugirió que para Noel esa intensidad de ruido podía ser un estímulo excesivo.

No se cual de las dos situaciones caló más en mí o si fue la combinación de ambas, pero lo cierto es que al cabo de un año de ese encuentro estábamos viviendo juntos en Barcelona.

Poco a poco se fueron acercando nuestra vida afectiva y laboral hasta encontrarse. Cristóbal se entregó al cuidado de mi hijo y pronto tuvo para él sentido plantear el curso "Crecer con los hijos". Muchos conocéis el resto de la historia. Del entusiasmo de algunas familias que hicieron el curso surgió la idea de crear un lugar para los niños y niñas, "La Casita". Yo, que había estudiado magisterio soñando con una escuela diferente y que trabajaba entonces en una escuela privada, me quedé cautivada con la posibilidad de dedicarme a ese proyecto.

Cinco años más tarde, con una larga lista de espera de familias interesadas por participar en esa experiencia, nos planteamos el traslado a una finca rural; personalmente deseábamos vivir en el campo y veíamos también la oportunidad de ampliar y profundizar el proyecto de "La Casita" y la posibilidad de que Cristóbal consolidara sus cursos para adultos.

De forma "milagrosa" apareció una mecenas que nos ofreció el regalo de elegir una finca para desarrollar nuestro proyecto. Así nació "El Roure". Con la ayuda entusiasta de las primeras familias, amigas y amigos y algunos profesionales que colaboraron desinteresadamente, se reformaron espacios, fabricamos materiales y reflexionamos sobre cuestiones educativas.

Ese recorrido ha estado plagado de ilusiones, dificultades, trabajo incansable y muchas satisfacciones. Una enorme intensidad.

Hoy, después de siete años, El Roure ha crecido y se ha consolidado mucho más de lo pudiéramos haber imaginado. Parece que somos un referente para otras experiencias y profesionales y las familias siguen llegando a pesar de que nunca nos

hemos dedicado a publicitar la escuela.

Hace dos años llegó nuestra separación como pareja. Ahora llega nuestra separación profesional. Como en todo cambio existe una parte difícil, dolorosa; la pérdida es insustituible, hay que vivirla como tal. Hay otra parte que es regeneradora: comienza una nueva etapa para ambos y la confianza en la vida nos permite dejarnos llevar. Entra entonces la alegría y la ilusión por lo nuevo que llega.



De cualquier forma hay transformación y cambio, es una ley de la naturaleza. Cada uno de nosotros y El Roure continuarán su camino.

Cristóbal ha sido y siempre será un pilar fundamental de El Roure. Sencillamente sin él El Roure no existiría.

En nuestro trabajo se han complementado dos recorridos distintos: el suyo ha sido dedicado a la formación de adultos a través de la perspectiva del seïtai y de todo lo que otros trabajos le han ido aportando. El mío ha sido un recorrido dedicado a la educación infantil. Es este encuentro el que ha creado El Roure que conocemos.

Cristóbal nos deja un gran regalo: sus reflexiones, sus observaciones y su sensibilidad para percibir lo que es "adecuado" en cada momento han alimentado una manera de estar y de hacer en El Roure que definen mucho de lo que la escuela es. Nos deja también su enorme aportación en el acondicionamiento y mantenimiento de la finca, algo que no ha sido fácil para él y que era imprescindible para disfrutar de lo que ahora tenemos. Nos deja

el eco de su alegría. Por encima de todo nos deja la huella de una entrega incondicional, que no ha escatimado tiempo, esfuerzo, atención, preocupaciones...

Lo que Cristóbal me ha aportado es profundo, sólido y muy valioso para mí. Estos años de intensa convivencia y trabajo juntos me han permitido recoger tesoros que forman ya parte de mí. Intuyo que van más allá de lo que hoy soy consciente y se que seguirán dando nuevos y ricos frutos. Por todo mi gratitud es inmensa.

Se que él continuará sembrando aquí y allá buenas semillas y eso me alegra.

Espero, eso sí, ser capaz de responder a la gran responsabilidad que me queda ahora; mantener y seguir mejorando el legado de esta hermosa experiencia que es El Roure, el fruto de nuestra unión.

Cris... como tu dices la vida siempre nos está cuidando.

Begoña.